

**Bosquejo de los mensajes
para el Entrenamiento de Tiempo Completo
del semestre de primavera del 2016**

**TEMA GENERAL:
EL ÁRBOL DE LA VIDA**

Mensaje diez

Permanecer en Cristo a fin de mantener nuestra unión orgánica con Él

Lectura bíblica: Jn. 14:23; 15:4-5; 1 Jn. 2:27-28; 3:24; 4:13; Ap. 21:3, 22

I. Nosotros, los que hemos creído en Cristo (Jn. 3:16), recibéndole como nuestro Señor y Salvador, ahora estamos en Cristo (1 Co. 1:30) y Cristo está en nosotros (Gá. 2:20; 2 Co. 13:5):

- A. “El Señor es el Espíritu” (3:17), “el Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu” (Ro. 8:16) y “el que se une al Señor, es un solo espíritu con Él” (1 Co. 6:17).
- B. Este “un solo espíritu” es el Espíritu divino que mora en nuestro espíritu humano, y estos dos espíritus están unidos orgánicamente y mezclados conjuntamente para ser un solo espíritu.
- C. Nuestra unión orgánica con el Señor está ilustrada por los pámpanos con la vid, el árbol de la vida, mencionados en Juan 15; somos los pámpanos de Cristo, la vid de la vida.
- D. Así como la vida de la vid está en los pámpanos, y la vid vive a través de los pámpanos, de la misma manera Cristo es nuestra vida, y nosotros somos Su vivir.
- E. A fin de mantener nuestra unión orgánica, nuestra unión de vida, con el Señor, debemos permanecer en Él de modo que Él pueda permanecer en nosotros—vs. 4-5.

II. Permanecer en Cristo es morar en Él, quedarnos en Él, mantenernos en comunión con Él, a fin de que experimentemos y disfrutemos que Él permanezca en nosotros—1 Jn. 2:27:

- A. Permanecer en Cristo es vivir en la Trinidad Divina, esto es, tomar a Cristo como nuestra morada—vs. 6, 24, 27-28; 3:6, 24; 4:13:
 - 1. Permanecer en Cristo es permanecer en el Hijo y en el Padre (2:24); esto equivale a quedarnos en el Señor y morar en Él (Jn. 15:4-5).
 - 2. Permanecer en Cristo es permanecer en la comunión de la vida divina y andar en la luz divina, es decir, permanecer en la luz divina—1 Jn. 1:2-3, 6-7; 2:10.
- B. Permitir que Cristo permanezca en nosotros es vivir con la Trinidad Divina, esto es, tener la presencia de Cristo como nuestro disfrute, de modo que Él sea uno con nosotros y esté con cada parte de nuestro ser y con cada aspecto de nuestro vivir—Mt. 1:23; 18:20; 28:20; 2 Ti. 4:22; 2 Co. 2:10; Éx. 33:11, 14; 1 Co. 7:24:
 - 1. Permitir que Cristo permanezca en nosotros es permitir que las palabras de Cristo permanezcan en nosotros para llevar fruto que permanezca a fin de glorificar al Padre—Jn. 15:7-8, 16.
 - 2. Permitir que Cristo permanezca en nosotros es permitir que el Espíritu de realidad, quien es la presencia del Dios Triuno, permanezca en nosotros—14:17.

III. A fin de permanecer en Cristo para que Él permanezca en nosotros, el Evangelio de Juan revela que debemos tomarle como nuestras necesidades:

- A. Cristo es nuestra vida—v. 6; 10:10.
- B. Cristo es nuestro aliento de vida—20:22.
- C. Cristo es nuestra agua de vida—4:10, 14; 7:37-39.
- D. Cristo es nuestro pan de vida—6:35, 57.
- E. Cristo es nuestra luz de la vida—8:12.
- F. Cristo es nuestra morada en vida—14:2, 23; 15:4-5.

IV. Necesitamos permanecer en Cristo, como nuestro Rey y como nuestra morada real, a fin de que Él pueda permanecer en nosotros para hacernos Su reina y Su palacio real, Su iglesia gloriosa—Sal. 45:13, 8; Jn. 15:4-5; Ef. 5:27; Ap. 22:5; Ro. 5:17; cfr. Cnt. 6:4:

- A. Permanecer en Cristo es morar en Él, el Dios eterno, quien es nuestro Señor, al tener nuestro vivir en Él y tomarle como nuestro todo—Jn. 15:4-5; 1 Jn. 4:15-16; Ap. 21:22; Dt. 33:27a; Sal. 90:1.
- B. Tenemos necesidad de morar en Dios, vivir en Él cada minuto, pues fuera de Él sólo encontramos pecados y aflicciones—vs. 3-11; Jn. 16:33.
- C. Tomar a Dios como nuestra habitación, nuestra morada eterna, es la experiencia más elevada y más completa de Dios—Sal. 91.

V. Permanecemos en Cristo para que Él permanezca en nosotros al amarle—Jn. 14:21, 23:

- A. Cuando amamos al Señor Jesús, Él se manifiesta a nosotros, y el Padre viene junto con Él para hacer morada con nosotros a fin de que le disfrutemos; esta morada es una morada mutua, en la cual el Dios Triuno permanece en nosotros y nosotros permanecemos en Él—v. 23.
- B. Cuanto más amemos al Señor, más tendremos Su presencia, y cuanto más estemos en Su presencia, más disfrutaremos de todo lo que Él es para nosotros; el recobro del Señor es el recobro de amar al Señor Jesús—1 Co. 2:9-10; Ef. 6:24.

VI. Permanecemos en Cristo para que Él permanezca en nosotros al atender a la enseñanza interna de la unción todo-inclusiva—1 Jn. 2:27:

- A. Permanecemos en la comunión divina con Cristo al experimentar el lavamiento efectuado por la sangre del Señor y al aplicar a nuestro ser interior el Espíritu que unge—Jn. 15:4-5; 1 Jn. 1:5, 7; 2:20, 27.
- B. Cristo, la Cabeza, es el Ungido y Aquel que unge, y nosotros somos Sus miembros que le disfrutamos como unción interna para el cumplimiento de Su propósito—He. 1:9; 3:14; 2 Co. 1:21-22.
- C. La unción, que es el mover y la obra que realiza el Espíritu compuesto dentro de nosotros, nos unge interiormente con Dios a fin de que seamos saturados de Dios, poseamos a Dios y entendamos la mente de Dios; la unción comunica la mente de Cristo como Cabeza del Cuerpo a Sus miembros, mediante el sentir interno, la conciencia interna, de la vida—Sal. 133; 1 Co. 2:16; Ro. 8:6, 27.
- D. Cuando la Cabeza quiere que uno de los miembros del Cuerpo se mueva, Él nos insinúa este deseo por medio de la unción interna, y a medida que cedemos a la unción, la vida fluye libremente desde la Cabeza hacia nosotros; si resistimos a la unción, nuestra relación con la Cabeza se verá afectada y se detendrá el fluir de vida en nuestro interior—Col. 2:19; Hch. 16:6-7; 2 Co. 2:13.

VII. Permanecemos en Cristo para que Él permanezca en nosotros al interactuar con la palabra constante en las Escrituras, la cual está fuera de nosotros, y con la palabra para el momento que es Espíritu, la cual está dentro de nosotros—Jn. 5:39-40; 6:63; 2 Co. 3:6; Ap. 2:7:

- A. Por la palabra escrita y externa, tenemos la explicación, la definición y la expresión del Señor misterioso, y por la palabra interna y viviente, experimentamos al Cristo que permanece en nosotros y tenemos la presencia del Señor de manera práctica—Ef. 5:26; 6:17-18.
- B. Si permanecemos en la palabra escrita y constante del Señor, Sus palabras vivientes y para el momento habrán de permanecer en nosotros—Jn. 8:31; 15:7; 1 Jn. 2:14.
- C. Permanecemos en Él y Sus palabras permanecen en nosotros a fin de que podamos hablar en Él y Él pueda hablar en nosotros para la edificación de Dios en el hombre y del hombre en Dios—Jn. 15:7; 2 Co. 2:17; 13:3; 1 Co. 14:4b.

VIII. Permanecemos en Cristo para que Él permanezca en nosotros al “activar” la ley del Espíritu de vida en nuestro espíritu—Ro. 8:2, 4:

- A. El hecho de que el Señor permanezca en nosotros y que nosotros permanezcamos en Él es un asunto totalmente relacionado con el hecho de que Él es el Espíritu vivificante en nuestro espíritu; mediante el Espíritu abundante e inmensurable que está en nuestro espíritu, sabemos con toda certeza que nosotros y Dios somos uno, y que permanecemos el uno en el otro—1 Co. 15:45; Ro. 8:16; 1 Co. 6:17; Fil. 1:19; Jn. 3:34; 1 Jn. 3:24; 4:13.
- B. La manera de permanecer en Cristo como Aquel que nos reviste de poder de modo que Él se active dentro de nosotros como el Dios que opera interiormente, la ley del Espíritu de vida, es estar siempre gozosos, orar sin cesar y dar gracias en todo—Fil. 4:13; 2:13; 1 Ts. 5:16-18; Col. 3:17; 4:2.

IX. Permanecemos en Cristo para que Él permanezca en nosotros al tomarle en Su ascensión como nuestro lugar secreto a fin de que sea nuestro refugio interior, nuestro escondedero, nuestra torre alta, nuestra fortaleza y nuestro alto escondite en nuestro espíritu para protegernos de todos los ataques del maligno—Sal. 91:1-4; 31:20; 18:1-2; 36:7; Jn. 14:30.

X. Permanecemos en Cristo para que Él permanezca en nosotros al estar siempre gozosos, orar sin cesar y dar gracias en todo; ésta es la voluntad de Dios para con nosotros, y ésta es la manera en que no apagamos al Espíritu (1 Ts. 5:16-19; cfr. 2 Ti. 1:6-7); además de no apagar al Espíritu, no deberíamos contristar al Espíritu en nuestro diario vivir (Ef. 4:30; Sal. 42:5, 8, 11).

XI. Permanecemos en Cristo para que Él permanezca en nosotros al permanecer en Su amor—Jn. 21:15-17; 15:10:

- A. Todos los mandamientos se resumen en dos, que son: creer en el nombre del Hijo de Dios Jesucristo y amarnos unos a otros—1 Jn. 3:23-24; Jn. 13:34-35.
- B. El mandamiento acerca del amor fraternal es tanto antiguo como nuevo: antiguo, porque los creyentes lo han tenido desde el principio de su vida cristiana; nuevo, porque en su andar cristiano este mandamiento amanece con nueva luz y brilla con nuevo resplandor y poder fresco una y otra vez—1 Jn. 2:7-8.
- C. “Nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él. En esto se ha

perfeccionado el amor en nosotros, en que tengamos confianza en el día del juicio; pues como Él es, así somos nosotros en este mundo”—4:16-17:

1. Permanecer en el amor es amar a los demás habitualmente con el amor que es Dios mismo, para que Él sea expresado en nosotros.
2. Aquí, tenemos *confianza* para afrontar el juicio en el tribunal de Cristo—2 Co. 5:10.
3. Cristo llevó en este mundo una vida de Dios como amor, y Él ahora es nuestra vida para que podamos llevar la misma vida de amor en este mundo y ser como Él es.

XII. Permanecer en Cristo, tomándole como nuestra morada, y permitirle que permanezca en nosotros, tomándonos como Su morada, es vivir en la realidad de la incorporación universal del Dios Triuno procesado y consumado con los creyentes redimidos y regenerados—Jn. 14:2, 10-11, 17, 20, 23:

- A. La Nueva Jerusalén es la máxima incorporación del Dios Triuno procesado y consumado con la iglesia tripartita que ha sido regenerada, santificada, renovada, transformada, conformada y glorificada—Ap. 21:3, 22.
- B. La Nueva Jerusalén es el tabernáculo de Dios, y el centro del tabernáculo es Cristo como maná escondido; la manera de ser incorporados en esta incorporación universal divino-humana, que es la morada mutua de Dios y el hombre, es comer a Cristo como maná escondido—v. 3; Éx. 16:32-34; He. 9:4; Ap. 2:17.